

FERENC KARINTHY

*Metrópolis*





Metrópolis

COLECCIÓN  
LITERADURA

Ferenc Karinthy

Metrópolis

Traducción de Anne Mayo Herczig

Postfacio de Eduardo Gallarza



Primera edición: junio de 2010  
Segunda edición: marzo de 2018

*El editor dedica este libro al lingüista y erudito Freddy Pansini, al que sin duda  
interesará esta historia, infierno para unos, paraíso tal vez para otros*

*Esta obra ha sido negociada a través de AMV Agencia Literaria*

Título original: *Épépé* (1970)

© 1999, 2005, 2018 Editions Denoël  
© de la traducción Anne Mayo Herczig, 2010, 2018  
© del postfacio Eduardo Gallarza, 2010, 2018  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA  
ISBN: 978-84-94810-43-5  
Dep. Legal: M-4931-2018

Maquetación de interiores y cubierta: © Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Desde los canales de K*, © Ascensión Cuesta, 2010

Producción gráfica: Gohegraf  
Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Metrópolis



VOLVIENDO A PENSAR en ello, lo que debió de suceder es que Budai se equivocó de salida, se subió probablemente a un avión con otro destino, en la barahúnda de la correspondencia, y los empleados del aeropuerto no se percataron del error. Posteriormente no fue ya capaz de determinar en qué dirección había volado ni durante cuánto tiempo, ya que, en cuanto los motores empezaron a girar, reclinó el respaldo de su asiento y se durmió. Estaba agotado, apenas había descansado los días anteriores, había estado trabajando incansablemente, pues tenía, entre otras cosas, que redactar la conferencia que iba a dar en el Congreso de Lingüística de Helsinki, adonde se dirigía. Lo despertaron una sola vez, para servirle un almuerzo, y volvió a dormirse inmediatamente

después, quizá diez minutos, quizá diez horas, o más. No se había llevado el reloj de pulsera, tenía la intención de comprar uno nuevo, y de vuelta a casa hay que evitar llevar dos relojes al pasar por la aduana; de manera que ni siquiera puede conjeturar la distancia que lo separa de casa. Únicamente más tarde, una vez en la ciudad, se da cuenta de que no ha llegado a Helsinki, pero a primera vista desconoce dónde pueda encontrarse. Los pasajeros son transportados en autobús desde el aeropuerto hasta la ciudad, la noche está fría, negra y ventosa, y él sigue aturdido por el sueño. El autobús hace un alto varias veces, algunos pasajeros se apean; Budai ya ha estado en Helsinki, pero aquí anda vanamente al acecho de algún que otro monumento conocido, o bien de la orilla del mar. Entonces, en una parada, todo el mundo se baja del autobús, el conductor se dirige a él por señas. Se ve plantado ante el tejadillo acristalado, entrada principal de un hotel, el gentío aligera el paso por la acera, él se queda enseguida separado de sus compañeros de viaje; y cruzar por entre la multitud movediza, aglomerada, procedente de dos direcciones opuestas, le lleva cierto tiempo. Un coloso con abrigo de pieles y gorra con galones de oro lo saluda respetuosamente y empuja ante él la puerta batiente, pero, cuando Budai se dirige a él en finés, se hace evidente que el hombre no lo entiende, y le contesta en una lengua desconocida, al tiempo que lo invita a entrar en

el vestíbulo; no hay tiempo, nuevos clientes se encaminan prestos hacia la entrada del hotel.

Dentro, un montón de gente aguarda ante la recepción, hay que hacer cola, y, cuando por fin se halla frente a un conserje de pelo entrecano uniformado de oscuro, le pisa los talones una ruidosa familia que acaba de llegar con muchos bultos y maletas —padre, madre y tres niños revoltosos e incontrolables—, que lo empujan hacia adelante, le dan prisa con una mal disimulada impaciencia: todo ocurre muy deprisa, casi sin que él participe. Se dirige al conserje en finés, este no comprende lo que le dice, prueba entonces en inglés, en francés, en alemán, en ruso, a la vista está que sin mayor éxito: el hombre le contesta en otra lengua, pero entonces quien la desconoce es Budai. Presenta su pasaporte, el recepcionista lo coge, sin duda para registrar sus datos, y le da a cambio la llave de una habitación, en el extremo de una cadena con una bola de cobre en la otra punta. Un cheque de viaje en dólares se halla intercalado entre las hojas del pasaporte de Budai, son las dietas que le han pagado por su estancia en el extranjero; el hombre también se adueña de él, manipula rápidamente su calculadora, lee la pantalla, rellena un impreso sellado, una orden de pago extendida en moneda local, que le tiende acompañada de un discurso voluble. Budai intenta protestar, no tenía intención de cambiar su cheque en aquel lugar, pero el otro no entiende lo

que le dice; a su espalda la familia numerosa e impaciente por llegar al mostrador y el griterío de los niños lo atosigan cada vez más. El recepcionista le indica la ventanilla de caja, que está al lado: considerando que todo esfuerzo suplementario va a ser inútil, cede el turno y se desplaza a la ventanilla indicada.

Allí también, una larga fila de espera. Se sitúa a la cola, la gente avanza a una velocidad de caracol; se está poniendo cada vez más nervioso, irritado por la situación idiota, ya que en breve habrá que repetirlo todo. La rápida perorata del cajero suena, a sus oídos, igual de extraña que las otras, no se le deja más tiempo para que se explique, y, además, es que ya no sabe cómo, en qué lengua expresarse. Se le entrega un fajo de billetes de banco de gran tamaño, recién impresos, y algunos más pequeños, arrugados, así como un puñado de monedas; se lo mete todo en el bolsillo sin fijarse. Solo entonces se plantea seriamente la pregunta: pero ¿qué es realmente lo que ha sucedido? ¿Qué situación tan desagradable y al mismo tiempo ridícula! ¿Tal vez Helsinki no haya podido admitir el avión debido a las inclemencias del tiempo y este haya sido desviado hacia otra ciudad? En tal caso, sin lugar a dudas le habrían devuelto su equipaje, mientras que aquí tan solo dispone de la reducida bolsa de mano que retuvo con él en la cabina. Bien mirado, la única explicación es que se equivocó de aparato en el momento de la correspondencia,

lo cual significaría que su maleta grande habrá llegado sin él a Helsinki, destino de su billete; pero entonces se percata de que tampoco tiene ya el billete, no recuerda ni dónde ni cuándo se lo cogieron. El carnet de identidad y demás papeles los dejó en casa, en un cajón, así que provisionalmente está desprovisto de documentación; de momento esta es la menor de todas sus preocupaciones, todo esto se aclarará más tarde, lo esencial es llegar cuanto antes a Helsinki. Para ello hay que explicar a las personas competentes de qué manera ha desembarcado aquí, pero antes ha de dar con esas personas, por ejemplo, el jefe de escalas de la compañía aérea local; sin embargo, no tiene ni la más remota idea de dónde ir a buscarlas. En la recepción, la fila de espera es aún más larga, no tiene ningunas ganas de volver a ponerse a hacer cola, como tampoco hacer la de los otros mostradores, y, además, no consigue reconocer dónde atienden lo uno o lo otro, y dónde podría obtener las indicaciones, las orientaciones necesarias. Sobre el largo mostrador hay algún que otro letrero, pero su escritura, en un alfabeto desconocido, resulta igual de indescifrable que el texto de los paneles e indicadores colgantes, o el de las cabeceras de las revistas y de los semanarios ilustrados del quiosco. Tampoco tiene, por otro lado, la posibilidad de estudiar más a fondo esos caracteres porque el tumulto es mayúsculo, y la oleada humana en el vestíbulo, de una enorme densidad: sea donde sea que intente poner los

pies, se ve de inmediato urgido a moverse y empujado más allá. Prefiere dejar para más tarde las cosas que hay que hacer, tomará las disposiciones desde su habitación, por teléfono.

En la bola de la que pende la llave recibida en la recepción figura el número 921, y supone que su habitación estará en la novena planta. Encuentra los ascensores al final del vestíbulo, solo funcionan en ese momento tres de los ocho, con numerosos grupos de gente ante cada uno de ellos. Budai optaría gustoso por subir andando, pero, buscando con la mirada alguna escalera, no la encuentra y decide no abandonar su lugar por miedo a tener que volver luego a guardar cola, desde atrás. Pasa un cuarto de hora largo antes de poder acceder a un ascensor, y en la cabina entra con él tal cantidad de gente que tienen que ir apretujados unos contra otros. Manipula el ascensor una muchacha alta y rubia, uniformada de azul, que lanza de vez en cuando una pregunta a los pasajeros en su lengua incomprensible, probablemente para saber en qué planta desean bajarse; se para en casi todas. Pero, a medida que algunos van bajando, otros suben. La cabina se ve literalmente asediada en cada planta. Sobre la cabeza de la chica gira un pequeño ventilador mural, a pesar de lo cual Budai se pregunta cómo puede trabajar en esa cabina sin aireación, encerrada entre toda esa multitud, durante horas o toda la jornada. Descarta enseguida este pensamiento, no es su problema, él se marchará, con suerte

hoy mismo, o a más tardar mañana por la mañana. Antes de llegar a la novena planta, indica su intención de bajar; luego, junto con muchos otros, logra salir con dificultades de la cabina. El lugar de todos ellos es inmediatamente ocupado por otros recién llegados. En cambio, por los pasillos, mientras busca su habitación, no se cruza con nadie: busca por varios lados, y en todos ellos se pierde; querría, siguiendo las cifras ascendentes o descendentes, acercarse al 921, pero un recodo o un pasillo lateral interrumpen cada vez la hilera de puertas y no encuentra por dónde continúan los números. En dos ocasiones vuelve a pasar por delante de los ascensores antes de dar por fin con la puerta buscada, al fondo de un extremo de un pasillo alejado.

La habitación es minúscula, pero está bien equipada, resulta confortable, amueblada con una cama, un armario y un escritorio con teléfono, una lámpara con pantalla y también una lamparilla de cabecera sobre la mesita de noche. En el cuarto de baño exiguo, una ducha, un lavabo, agua caliente, agua fría, un retrete, espejos, toallas. Ambas estancias están agradablemente caldeadas, sin radiadores aparentes, deben de estar ocultos en la pared. En las ventanas, cortinas y celosías de tela; y otro edificio similar, alto y ancho, frente al hotel, con muchas ventanas iluminadas u oscuras. En las paredes de la habitación, hay un único cuadro, un lienzo al óleo, acristalado: un paisaje ñoño, nevado, un par de abetos, unos ciervos

brincando a lo lejos. Al lado de la puerta, en la pared, un texto impreso y enmarcado, tal vez un inventario o el reglamento, con la misma escritura que la de la planta baja y de la calle. No reconoce este alfabeto, tan solo puede afirmar que no es ninguno de los que él conoce: los caracteres no son ni latinos, ni griegos, ni cirílicos, ni árabes, ni hebraicos, pero tampoco ideogramas japoneses, chinos o armenios —antaño, en la universidad, estudió un poco estos últimos—. En cambio, curiosamente, en medio de esos caracteres desconocidos, unos números árabes destacan de vez en cuando. Repesca el dinero que le han dado a cambio de su cheque, pero las inscripciones no le permiten aclararse mucho más, tan solo puede distinguir las cantidades anotadas bajo paisajes o retratos banales: dieciocho billetes de a diez, crujientes de tan nuevos, algunos de a dos, y monedas de valor diverso; pero se siente demasiado cansado y con la mente excesivamente embotada para seguir ocupándose de ello, y, además, muy sucio tras el largo viaje. Coge su neceser de baño, y también saca de su bolsa la mitad de sus pertenencias. Por suerte, al hacer el equipaje con su mujer, habían procurado que la maleta no pesara más de veinte kilos, habían embutido el máximo número de objetos en esta bolsa de tela con cremallera: mudas de ropa interior, pijama, zapatillas, neceser, zapatos de recambio, un jersey, dos botellas de vino para regalar y alguna cosa más... Es curioso que no reclamase su maleta al desembarcar en el aeropuerto, pero

no tuvo realmente ocasión de hacerlo por las prisas, en medio de aquel tropel de gente adormecida, cuando los pasajeros del avión fueron dirigidos hacia el autobús. Tal vez se imaginó que su equipaje le seguiría en el maletero del autobús. Se da una ducha, se afeita frente al espejo, se pone ropa interior limpia y, como tiene por costumbre, lava de inmediato la muda sucia y la tiende en la alcachofa de la ducha y en los grifos. Tras lo cual se pone a probar el teléfono: en la habitación no hay ni listín ni nada que se le parezca; marca números a ciegas, sin desanimarse, hasta que da con alguien que contesta. Obtiene varias respuestas, voces masculinas y femeninas, pero por más que se esfuerza en formular y repetir sus preguntas en todas las lenguas que conoce, incluso gritando la palabra *information*, todas las veces le contestan de idéntica e incomprensible manera, con la misma entonación inarticulada y resquebrajada: *ebebé* o *pepepé*, *etieté* o algo parecido; sus oídos finos y acostumbrados a captar las consonancias más variopintas y a distinguir los matices, esta vez no oyen, sin embargo, más que gruñidos y graznidos. Acaba colgando el auricular, riendo de puro nerviosismo, al no poder resolver la dificultad. Por si fuera poco tiene hambre, no tiene ya ni idea de cuánto tiempo lleva sin comer nada. Se viste, cierra la habitación y sale.

En lugar de la rubia joven, una mujer de mayor edad se ocupa de los mandos del ascensor, a menos que ahora la chica se haya montado en otra cabina, pero esta va igual de cargada.

Abajo, en lugar del recepcionista principal, está otro a cargo de la recepción, pero la cola de espera no es por ello menos larga. El nuevo recepcionista no entiende a Budai mucho mejor que el anterior, y viceversa; resulta inconcebible que en un hotel de cierta categoría como este se contraten a unos inútiles y negados que no hablan ninguna de las grandes lenguas universales. Sin embargo, no ha lugar a una prolija meditación, pues los que guardan fila expresan su descontento, gritos y gestos a sus espaldas le impiden cualquier exceso, lo envían a la cola de la serpiente humana: muy molesto, deposita la llave sobre el mostrador y cede su turno.

El vestíbulo sigue sin vaciarse. Budai es empujado, apretujado, tiene que abrirse camino hasta el torniquete de salida. El corpulento portero del abrigo de pieles y los galones dorados también esta vez vuelve a saludarlo con respeto. En la calle la algarabía tampoco ha disminuido, el aluvión de gente se tambalea, fluctúa en todas direcciones formando corrientes y remolinos. Todo el mundo tiene prisa, jadea, se abre camino a codazos; una viejecita con un pañuelo en la cabeza, al lado de él, le arrea una patada en el tobillo y, de propina, algunos codazos en las costillas. En la calzada, los vehículos se siguen de cerca formando unos enjambres asimismos densos; se aglomeran y arrancan de nuevo sin dejar por ningún lado la posibilidad de que los peatones crucen, forman constantemente atascos en un incesante estruen-

do de motores y bocinas; ve todo tipo de marcas, coches y camiones, unos remolques inmensos y unos gigantescos vehículos de transporte, trolebuses, autobuses, pero no logra distinguir ninguno de los modelos conocidos en su país o en otros. A todas luces se encuentra perdido en la afluencia de la noche, y poco importa por dónde intente escapar, echando a andar primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda de su hotel, el bullicio es el mismo por todas partes. Tuerce por una calle lateral, una muchedumbre compacta culebrea igualmente por las aceras, así como los vehículos en la calzada; él avanza a trancas y a barrancas. Bien es verdad que no se aventuraría a ir muy lejos, a riesgo de perderse y no encontrar luego el hotel.

Unos anuncios luminosos parpadean en las alturas; la mayoría de las tiendas están aún abiertas. Venden de todo, en los aparadores hay mucho donde elegir: ropa, calzado, vajilla, flores, electrodomésticos, alfombras, muebles, bicicletas, objetos de plástico, cosméticos, todo esto es lo que él ve de una mirada. Abundan los clientes en todos los comercios, se ven colas serpenteando dentro de las tiendas, a menudo llegan hasta la calle. Las dos tiendas de ultramarinos frente a las que Budai ha pasado se le antojan las más abarrotadas del mundo, incluso transitar por la acera de delante es problemático ya que la densidad rebasa lo imaginable, todos los que no consiguen meterse como sea dentro se acumulan ante

la puerta formando unas columnas compactas: se da cuenta de que no tiene ninguna posibilidad de lograr comprar allí alguna cosa. Pero el hambre lo está torturando cada vez más, de manera que el descubrimiento, un poco más lejos, de un restaurante, unas mesas dispuestas detrás de unos ventanales, consumidores sentados a la mesa y unos camareros con chaquetilla blanca, lo llena de contento. Por desgracia, una larga espera es allí también de rigor, se deja entrar a los clientes con cuentagotas conforme otros van saliendo, lo cual no ocurre con frecuencia. Dispone de todo el tiempo del mundo para observar a la gente que hace cola junto a él. Blancos y gente de color; delante de él, dos jóvenes negros como el carbón y de pelo lacio; más allá, una mujer amarilla de ojos rasgados con su hijita, algunos hombres altos de tipo germánico, uno gordo de tipo mediterráneo con la cara reluciente de sudor y un abrigo de piel de camello, malasios curtidos por el sol, árabes o semitas, una rubia pecosa con un jersey azul y una raqueta de tenis: sería difícil hallar una raza o una etnia mayoritaria, por lo menos allí, frente a aquel restaurante.

Pasados cuarenta minutos largos sin avanzar, consigue por fin entrar en el local; entrega su gabán en el guardarropa a cambio de un número. Todas las mesas están ocupadas, debe buscar un rato antes de descubrir una plaza libre al otro extremo del salón. Pide, en inglés, permiso para tomar asiento, pero aparentemente ninguno de los presentes lo com-

prende, levantan un segundo la nariz del plato, lanzan una mirada vacía y neutra, y luego siguen comiendo: es evidente que todo el mundo tiene prisa. Pasa otro cuarto de hora hasta que comparece el camarero; no puede, bien es verdad, esmerarse más, lo llaman, lo acosan desde todas las mesas. Recoge la mesa ante Budai, platos, vasos y cubiertos sucios, le coloca un cubierto limpio y le entrega el menú; desgraciadamente, Budai no es capaz de leer ni una sola letra. Se lo cuenta al camarero de más edad, pero este se encoge de hombros, farfulla alguna palabra y, mientras tanto, es llamado desde otra mesa. Budai se dirige entonces a los demás comensales. Les habla en seis, en ocho lenguas, sin resultado alguno, no dan muestras de comprensión, pero es que, además, en realidad no lo escuchan. Se va poniendo más y más nervioso, el estómago le tiembla de hambre y de excitación, sobre la mesa no ve ni siquiera el pan. El camarero no vuelve a pasar hasta unos veinte minutos más tarde para dejar una porción de pollo asado con una succulenta guarnición delante de su vecino; sin embargo, por más que Budai indica por señas que desea comer y que le traiga lo mismo, el otro se da media vuelta de nuevo y resulta imposible saber si ha apuntado el pedido o no. Durante ese tiempo, parte de los clientes se ha renovado, el camarero reaparece al otro extremo de la mesa con nuevos platos cocinados y cubiertos limpios, también cobra algunas cuentas; no le presta la menor

atención a Budai y se va a otra mesa. Budai hace tantas veces «¡chis!» y tantos gestos que el hombre termina por volver, farfulla alguna cosa entre aspavientos, irritado e indignado: imposible descifrar si le está pidiendo un poco de paciencia o si quiere dar a entender que ya no se ocupa de él. A Budai le cuesta contenerse, patalea, desconcertado, ¿hay que seguir esperando o qué hay que hacer? Cuando el camarero regresa, pero sigue sin servirle nada, Budai da un puñetazo sobre la mesa, tira su silla al suelo y sale a toda prisa, exasperado. Entonces tiene que guardar cola para recuperar el gabán y, presa de furor, poco le falta para que llegue a las manos con los clientes. Paga el guardarropa con una moneda pequeña: el señor de edad debe estar satisfecho porque murmura una especie de agradecimiento.

Está bien, pero en definitiva sigue sin haber comido, se le hace imposible pensar en otra cosa. Haciendo mangas y capirotes en medio del barullo incesante de la calle, a costa de prolijas búsquedas y algunos nuevos batacazos en un auténtico cuerpo a cuerpo, unos ochocientos metros más lejos da por fin con un local que recuerda vagamente un bufet libre. Allí, claro está, una multitud innumerable se atasca y pisotea a la espera de no se sabe qué ni de quién; él se sitúa a voleo al final de una cola. No avanzan con rapidez, por lo que no descubre sino más tarde que esa serpiente humana se dirige hacia una caja, en la que cada cual obtiene un ticket

con arreglo a lo que ha pedido, la cola prosigue luego a través de la amplia sala hasta el mostrador situado al otro extremo, donde se entrega la comida. Llegado, a su vez, frente a una cajera en bata azul, se ofusca ante la mirada interrogativa de la mujer, su garganta no alcanza a emitir la más mínima palabra, y, aunque dijera algo, no le entenderían. La cajera, en su lenguaje, le invita a formular el pedido, él tartamudea alguna cosa en español, sin saber por qué. Pero los de atrás empiezan a protestar a sus espaldas, está retrasando el avance, hacen tintinear las monedas que llevan preparadas, le pisan prácticamente los pies: de sopetón ha ido a parar más allá de la caja, sin haber comprado un ticket. La cajera de bata azul atiende ya al siguiente y al que sigue a este, los cuales van seguidos por tanta gente que le resultaría imposible volver a situarse en la fila, no sería admitido, a menos que se pusiera de nuevo a la cola. Seguir la hilera que va saliendo de la caja parece absurdo, ya que sin ticket no le servirían, pero no le queda otra opción, es empujado por la inercia. Se deja arrastrar hasta el mostrador. Allí todo el mundo presenta al personal de gorro blanco el papelito obtenido en caja, y puede llevarse los platos deseados, comida y bebida; él es el único que gesticula, con las manos vacías, trata en vano de explicar su caso. Pero, a falta de ticket, ni le escuchan; bajo sus narices o por encima de su cabeza ve desfilar asados y pasteles. Entonces se pone a triscar, da puñetazos al aire,

sin obtener la menor garantía de poder alcanzar mejor su objetivo si reanuda la batalla en otra cola, desde el principio.

Sale a rastras a la calle igual que un perro apaleado, avergonzado, abandonada toda esperanza de cenar aquel día; entonces, en un cruce de calles, avista a una vendedora de castañas asadas; tres o cuatro personas, tan solo, aguardan cerca del incandescente brasero de hierro colado. Le llega el turno al cabo de treinta segundos, pero, por más lingüista que es (él, que se defiende en dos docenas de lenguas), ha de explicarse mediante gestos, valiéndose de las manos y de sus diez dedos, al modo de los sordomudos. Compra todas las castañas, unas cuarenta aproximadamente, nunca había visto tantas. Paga con un billete de tamaño pequeño, la vendedora le da el cambio, unas pocas monedas. Se come las castañas en un santiamén mientras camina, se las van tragando, quemándose los labios, y, conforme va comiendo, le invade un brote de ternura, se apiada por entero de sí mismo, un pobre hombre perdido en esa extraña ciudad. Marcharse de aquí es lo único que tiene en mente, regresar al hotel, coger su equipaje y marcharse de aquí, de inmediato, en avión, en tren o cómo sea, sin quedarse ni un solo día, ni una sola hora más.

En la entrada del hotel, el portero empuja ante él, una vez más, la puerta batiente; sin embargo, en la recepción ve a alguien que no estaba antes. Tras aguardar turno en la inter-

minable cola, Budai no consigue tampoco comunicarse con esta persona, indica en vano su llave colgada entre las demás, el conserje se limita a mover la cabeza con desgana. Coge un trozo de papel, escribe el número de su habitación, le dan la llave de la 921. En el ascensor coincide de nuevo con la alta y rubia ascensorista de uniforme azul; él la saluda con un gesto de cabeza, pero ella lo mira sin verlo, pasiva y distraída, luego la cabina se llena, solo puede volver a verla un segundo, justo en el momento de salir.

En la habitación se descubre por todo el cuerpo hematomas y rasguños, huella de los incesantes empujones en las calles; además, se nota cansado. Cobra conciencia, con espanto, de que no ha avanzado en nada, y, por si fuera poco, esto: de allí de donde salió y allá adonde iba, ni en su casa ni en Helsinki, probablemente nadie sospecha lo que le ha sucedido. Pero lo más sorprendente de todo es que él mismo tampoco ve las cosas mucho más claras; en este momento sigue sin saber de qué manera proseguir su viaje, no tiene ni la menor idea de cómo: ¿adónde ir, a quién dirigirse, qué medidas tomar? Se ve invadido por presagios siniestros, escrúpulos poco claros, habrá descuidado alguna cosa, dejado de hacer lo necesario, no sabe en verdad qué... En su nerviosismo se ensaña de nuevo con el teléfono, lo maltrata, marca un sinfín de números: debe de haber anochecido, los timbres suenan, pero obtiene escasas contestaciones, alguna voz muerta de

sueño, una y otra vez en esa lengua extraña, inaprensible, esquiva, ese carraspeo diríase cuasi inarticulado.

Por su profesión tiene un sentido lingüístico especialmente agudizado: su especialidad, como tal, es la etimología, el estudio del origen de las palabras. En el ámbito de su trabajo, maneja lenguas de lo más diversas: entre las finoúgrias, naturalmente el húngaro y el finés, pero también el vogul<sup>1</sup> y el ostiaco,<sup>2</sup> asimismo el turco, un poco de árabe, el persa, así como el eslavónico, el ruso, el checo, el eslovaco, el polaco y el serbocroata. Pero este idioma que se habla aquí no recuerda a ninguna de ellas, como tampoco al sánscrito, al hindi, al griego antiguo o moderno, y, sin embargo, tampoco puede ser germánico; además, él se defiende en alemán, inglés y tiene nociones de holandés. Sabe, por otro lado, latín, francés, italiano y español, entiende algo de portugués, rumano y retorromanche,<sup>3</sup> y posee incluso algunas nociones de hebreo, armenio, chino y japonés. Es obvio que la mayor parte de estas lenguas tan solo las sabe leer aproximadamente, pues se ve a veces obligado

- 
1. Lengua finoúgria hablada al este de los Urales.
  2. Lengua perteneciente a un pueblo ugrofinés de la Siberia occidental.
  3. O retorrománico: conjunto de variedades lingüísticas originadas del latín hablado en la región alpina central y oriental. Actualmente se habla en ciertos cantones de Suiza.

a ello al investigar la historia de una u otra palabra, pero lo suficiente, sin embargo, para poder juzgar que la lengua utilizada en este país no tiene nada en común con las lenguas enumeradas; y dilucidar su pertenencia a un grupo lingüístico, únicamente así, de oídas, es algo de lo que no se ve capaz; además es que no oye más que ededés, dyiédiédyié o algo parecido. Descuelga el texto impreso y enmarcado, pegado cerca de la puerta, y lo estudia atentamente, una vez más, a la luz de la lámpara del escritorio. Esta vez tampoco progresa mucho que digamos, nunca antes ha visto esta clase de signos; tanto da que los lea desde la derecha o desde la izquierda. Ni tan solo puede determinar si se trata de una escritura alfabética, como la de las lenguas europeas, una escritura silábica, como el japonés, por ejemplo, o una escritura ideográfica como el chino, o incluso un escritura que utilice solo consonantes, como ocurre con el semítico y el arameo antiguos; no obstante, le sorprenden de nuevo los números árabes que aparecen en el texto. Pero, para entonces, está tan agotado que su cerebro ya no responde, prefiere dejar la aclaración de todo esto para el día siguiente; se desviste y se acuesta.

Antes de dormirse tiene por costumbre leer media hora en la cama. Se da cuenta de que no tiene lectura: sus libros, sus notas, su ponencia para el congreso, todo lo metió en la maleta grande. Se levanta, vacía otra vez la bolsa de viaje,

sin resultado; se arrepiente de no haber por lo menos cogido periódicos o revistas en el avión. Vuelve a meterse en la cama sin que le venga el sueño, un poco más tarde descorcha una de las botellas de vino tinto de la bolsa. Con el filo de su navaja intenta sacar el tapón, pero lo desmigaja, finalmente solo consigue hundirlo en el cuello de la botella. Como no tiene con qué taponarla de nuevo, acaba por tragarse todo el contenido antes de caer, inconsciente, en un adormecimiento brumoso.

Por la mañana se despierta confuso y molido, como con un trancazo; fuera el tiempo es seco y gris. Mira hacia la calle a través de la ventana cerrada, incluso desde allí, un noveno piso, se distingue perfectamente la muchedumbre espesa, ondulante, el flujo incesante, la corriente negruzca de vehículos y peatones que hay ahí abajo. Tiene el estómago revuelto, bebió demasiado la noche anterior, se pone a cepillarse los dientes un buen rato para quitarse el mal sabor de boca. Se ducha, frotándose la cara y la frente bajo el chorro de agua hirviente, se seca luego todo el cuerpo enrojecido, de la cabeza a los pies, con una toalla grande y esponjosa. En un departamento lateral de su bolsa encuentra un bocadillo de salami que no vio la noche anterior: su mujer debió de preparárselo para el viaje. Se lo come a modo de desayuno, aunque un té le habría bastado. Pero no encuentra ningún timbre para llamar a la camarera o al mozo de planta. Se-

guramente, para ello hay que utilizar el teléfono, pero para hacerlo habría que saber a qué número hay que llamar y lo que uno va a decir. En resumidas cuentas, está en el mismo punto que el día anterior... De golpe y porrazo se adueñan de él una enorme impaciencia y una voluntad de actuar: ya basta, esta patochada ya ha durado bastante, tiene cosas urgentes que hacer en Helsinki, pronto va a empezar el congreso internacional de lingüística al que ha sido invitado, y, aunque sea con retraso, tiene que poder llegar para dar su conferencia. Recoge sus bártulos, deja su bolsa cerrada en el portamaletas y decide bajar para solucionar este asunto de una vez por todas y largarse.

Muchos grupos esperan los ascensores ante cada una de las ocho puertas de bajada, las luces intermitentes indican esta vez que todas las cabinas están ocupadas, al parecer la afluencia es aun mayor por la mañana. Budai sigue sin encontrar indicios de alguna escalera, en cualquier caso ninguna da a los pasillos, y se ve pues obligado a juntarse con los demás en una cola lateral. Pero los ascensores se paran en muy contadas ocasiones en aquella planta, a veces ni se paran en ella durante largos minutos, y se oye su monótono pitido por detrás de las puertas. Cuando alguno se detiene, solo pueden subirse cuatro o cinco pasajeros ya que las cabinas llegan repletas de los pisos superiores; a esa hora matinal todo el mundo se afana por bajar. Su fila es precisamente

la que avanza menos rápido, desde hace por lo menos diez minutos ni siquiera ha oído el ruido característico de la abertura de la puerta; temiéndose que el servicio haya sido allí suspendido, da un paso al lado para situarse en la cola de la fila vecina. Pero entonces la que parece avanzar es la otra fila, mientras que la suya se atasca; en las contadas ocasiones en que la cabina que les corresponde se detiene, una flecha iluminada indica que sube, es para acabar loco. Budai se nota completamente sudado, de la cabeza a los pies, debido a la promiscuidad y a la rabia e a la impotencia, hasta que finalmente consigue llegar a la planta baja.

En el vestíbulo, la aglomeración y los empujones no desmerecen en nada a los del día anterior, en algunos sitios la gente se amontona como en hormigueros, en otros, forman largas y sinuosas colas, y, aquí y allá, se producen pequeñas acciones individuales: es imposible saber si todos son clientes del hotel o qué andan haciendo por allí. Se abre camino hasta la recepción, le cuesta inmensamente hacerse sitio ante el mostrador, y le toma su tiempo, quizá una media hora, poder situarse frente al recepcionista principal. Es uno nuevo, ninguno de los que ya conoce, pero este no entiende mejor que los anteriores sus palabras, y de su boca sale la misma cháchara incomprensible. Budai no logra ya contenerse, su furor estalla de golpe, la emprende a golpes contra el mostrador, y, rojo de rabia, brama en varias lenguas:

—*Skandal, ein Skandal!... C'est un scandale, comprenez-vous?*

Ya no sabe ni lo que dice, exige la entrega de su pasaporte, su billete de avión, que lo reciba el director, que acuda un intérprete, está fuera de sí y, amenazante, repite: *pass, passport, passaporto*, la escena atrae miradas y hasta a espectadores. El desconcertado recepcionista separa las manos, Budai se abalanza entonces sobre el tablero y lo agarra por los hombros, lo sacude dándole tirones, grita a pleno pulmón y gesticula rozándole la cara. Naturalmente resulta inútil, ya que el otro no comprende, en verdad, sus palabras, y los demás testigos, tampoco, o, en todo caso, no dan muestras de entenderlas. Además, la gente está guardando cola, se impacienta, quiere avanzar, tratar de sus propios asuntos: de todo esto no se desprende finalmente un efecto mayor que el del estallido de una pompa de jabón; el recepcionista se recompone la chaquetilla, Budai se ofusca, violentado. Permanece allí todavía un momento, sus ojos tratan de averiguar dónde guardan los pasaportes de los clientes, encima de qué mesa o en qué gaveta, no consigue abrirse paso hacia el otro extremo del mostrador o hacia el escritorio de recepción, y se avergüenza de la escena escandalosa que acaba de provocar, en realidad no es en absoluto propia de él. Ha de admitir que aumentar aún más la tensión es desagradable y, sobre todo, inútil, y no sería tolerado por los que, a sus espaldas, no van a esperar

eternamente. Así que, tras haberse secado cuello y frente y sonado la nariz, se desplaza de manera casi imperceptible un poco más allá sin haber resuelto, una vez más, nada de nada.

El vestíbulo está amueblado con mesas redondas y butacas; una acaba de quedar desocupada. Se sienta, cierra los ojos: todo esto no es tal vez cierto, y en verdad está en Helsinki, o aún en su ciudad antes de salir de viaje. O bien, si realmente está aquí, ellos lo saben y pronto vendrán a buscarlo, le ofrecerán toda clase de excusas, le darán todo tipo de explicaciones, todo se aclarará, todo se arreglará. Ya solo falta un minuto o tal vez dos, no tiene más que contar hasta sesenta o hasta cien, a lo sumo... No obstante, cuando vuelve en sí, ve una vez más la misma sala con su masa humana en movimiento, las indicaciones y los carteles turísticos ilegibles, fotos ampliadas y paisajes en paredes y pilares, en el quiosco las mismas cabeceras misteriosas e indescifrables; hombres, mujeres, viejos, jóvenes, de todo tipo y de toda especie. A su lado pasa un grupito raro y exótico, tal vez una delegación eclesiástica, unos viejos barbudos, de piel morena, con largos caftanes negros, cinturones coloreados, tocados con birretes color violeta, y unos pesados colgantes de oro al cuello: la muchedumbre les deja paso, permitiéndoles cruzar en fila india, dignamente.

Procura mantener la calma: vociferar y armar escándalo no lo llevaría a nada, está claro. Intenta ordenar sus ideas:

primero ha de recuperar el pasaporte, es lo más urgente, y naturalmente encontrar también su billete de avión, sin lo cual no podrá irse a Helsinki, y desde allí, una vez finalizado el congreso, regresar a casa. Cuando tenga ambos documentos en mano, ya habrá ocasión para meditar sobre lo que le ha conducido hasta aquí, quién es el responsable de ello, de toda esta estúpida aventura, etcétera... Pero antes que nada desea ingerir algo, el desayuno no ha supuesto gran cosa y el estómago se lo recuerda enérgicamente, probablemente sea esto lo que lo ha puesto tan nervioso. Tiene que haber por fuerza en este hotel un restaurante o algo parecido; sale pues en su busca.

En la medida en que la gente que se halla pululando abajo le permite circular, da la vuelta al vestíbulo de la entrada, es amplio, mide de cien a ciento cincuenta metros de largo y casi la mitad de ancho. A un lado se venden bibelots y *souvenirs*: contempla las muñecas, las estatuillas, los joyeros pintados, los brazaletes, los broches, los colgantes, las cámaras de fotos de marca desconocida, los gemelos de teatro. Levanta encima de una placa de vidrio un llavero para el coche con una inscripción, sin duda un edificio característico de la ciudad, con su nombre: monumento desconocido, inscripción indescifrable. A pesar de todo, decide que antes de abandonar este lugar comprará un objeto como ese, en recuerdo de esta historia de locos y de la noche que ha pasado aquí.